



Vol. 7, No. 3, Spring 2010, 572-578

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Jurgen Buchenau and Lyman L. Johnson, eds. *Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2009.

La tierra se mueve acá arriba y allá abajo: terremotos, política y cultura en Latinoamérica

Simón Castillo

Universidad de Chile

El terremoto que sacudió a Haití el pasado mes de enero reflató el problema de los desastres naturales en Latinoamérica y sus relaciones con la política y el poder. Por ejemplo, se han escuchado numerosas críticas a la presencia norteamericana en el país caribeño, evidenciando también discusiones sobre la posibilidad real de establecer allí una república. *Aftershocks*, publicado sólo meses antes de la catástrofe, integra una línea de investigación que aborda ese tipo de vínculo sociopolítico. Se trata de seis artículos que, situados en una línea temporal, estudian diferentes casos latinoamericanos, desde Lima en

1746 hasta México D.F. en 1985. El objetivo común en todos es introducirse, mediante la indagación de un terremoto, en los imaginarios, las tensiones políticas y las prácticas sociales de ciudades y zonas rurales del continente.

Abre el estudio una introducción a cargo de los editores, quienes sintetizan los artículos y además ejemplifican cómo las culturas de los pueblos pueden ser entendidas mediante el estudio de las catástrofes, utilizando los ejemplos de Valdivia en Chile y Yungay en Perú, ocurridos en 1960 y 1970, respectivamente. Como expresan los editores, los movimientos telúricos abren una auténtica caja de Pandora: la reconstrucción y sus debates, la percepción de ineficiencia estatal por parte de la sociedad civil, las ideas de traslado de ciudades y las prácticas religiosas, son algunos de los tópicos que surgen en este tipo de investigaciones. El primero de los trabajos es el de Charles F. Walker (“Premonitions and the destruction of Lima, 1746”), basado en su reciente libro *Shaky Colonialism*.¹ El autor indaga en el desastre—consistente en un terremoto y un tsunami—que destruyó la capital virreinal y el puerto del Callao, ambos en pleno apogeo. A través de la descripción de las diferencias ocurridas al interior de la Iglesia Católica después del sismo, Walker muestra los conflictos de poder que en ella se incubaban. Por otra parte, evidencia cómo las mujeres, asentadas en conventos y beaterios, podían recibir las llamadas iluminaciones y prever la tragedia. Así ocurre en los numerosos casos que cita el autor, los que llevaron también a discusiones sobre la naturaleza femenina e incluso los dones que la mujer podía tener por sobre el género masculino. En definitiva, para el autor los terremotos y sus réplicas son una buena manera de adentrarnos en los miedos y las mentalidades de una sociedad en el pasado.

El segundo artículo es el de Stuart McCook, “Nature, God and Nation in Revolutionary Venezuela”, donde se aborda el desastre del Jueves Santo de 1812. McCook indaga en las repercusiones políticas que tuvo el nefasto suceso: Venezuela se había independizado exactamente un año antes—el 26 de marzo de 1811—y poco después del desastre los realistas recuperaron el poder. La pregunta que el autor deja abierta es

¹ Charles F. Walker, *Shaky Colonialism. The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru and its Long Aftermath*. Durham and London: Duke University Press, 2008. Este libro fue reseñado en *A Contracorriente*, Vol. 7, No. 2 (Invierno 2010): 393-399.

cuánto contribuyó el terremoto a la caída del poder patriota. Su respuesta es que el desastre natural ayudó a desestabilizar un precario balance, precipitando la derrota independentista cinco meses después. Las explicaciones que los contemporáneos dieron al origen del sismo son una herramienta que el autor emplea para evidenciar el peso que todavía poseía la estructura colonial. En efecto, mientras los religiosos y realistas lo vieron como un castigo divino, los patriotas no lo consideraron más que un accidente de la naturaleza. Basándose en periódicos como *La Gaceta de Caracas* y documentos archivísticos, McCook ahonda en las interpretaciones que le dieron al suceso diferentes sectores de la sociedad caraqueña, mostrando también las divisiones raciales que estructuraban a la sociedad venezolana.

Sam Martland ve el caso de Valparaíso en 1906 (“Social and Political Fault Lines”). El sismo, el quinto que sufría la ciudad chilena desde el siglo XVI, la convierte en la urbe con mayor ‘tradición histórica’ en este tipo de catástrofes respecto al resto de las ciudades analizadas en esta obra. Martland repasa los daños materiales, la respuesta de las autoridades y la actuación de diferentes protagonistas. Valparaíso tiene una geografía muy particular, diferente a la mayoría de las ciudades fundadas por los españoles, ya que la cuadrícula es más bien escasa y los cerros—que ocupan la mayor parte del espacio urbano—obligan a diseñar calles sinuosas. Por ello, hubiese sido deseable contar con una descripción de la geografía urbana al inicio del artículo y no hacia el final. Ahora bien, como indica el autor, el sismo de 1906 fue poco común en el sentido de que los principales afectados fueron miembros de la clase alta, que vivían en la parte baja de la ciudad. El desastre, por tanto, tuvo gran repercusión en la prensa, que se ocupó muy poco de lo acontecido con los grupos populares. Martland aprecia en el terremoto la posibilidad de conocer las nociones de orden y clase en el Chile de inicios del siglo veinte, así como profundizar en la posición económica del puerto chileno en el país y el mundo. Para ello utiliza preferentemente fuentes periodísticas y en menor medida fuentes municipales y oficiales. Resaltan como aspectos interesantes la formación de ‘guardias blancas’ o civiles extranjeros y de clase alta montados en armas para defender la propiedad, así como la ausencia de rebeliones y un cierto amor propio a la ‘raza chilena’ y su empeño en la reconstrucción, según se extrae de la prensa local.

Mark Healey indaga en el terremoto de San Juan, Argentina, ocurrido en 1944. Se trata del artículo más cercano a la historia urbana, es decir, un estudio que a partir de indagaciones sobre la política, la sociedad y la arquitectura, entre otros aspectos, tiene siempre como objeto de estudio a la ciudad. En un período de fuertes cambios políticos mundiales, el fenómeno telúrico provocó un intenso debate acerca del traslado de San Juan y también de los materiales de construcción. A partir de la debacle ocasionada por el terremoto, empezó un cuestionamiento a la carencia de edificios antisísmicos y la validez de la edificación con adobe. Como pocos estudios del siglo XX presentes en el libro, se aprecia aquí la relevancia de la arquitectura moderna y sus ideales constructivos, que incluían una ‘tabula rasa’ con el pasado. La voz de los arquitectos enfrentó la oposición de la elite de San Juan, conservadora y católica, y que discutió el diagnóstico técnico que aconsejaba trasladar la ciudad. Utilizando prensa local y provincial, Healey muestra el debate en torno a estos problemas, al igual que el acontecido en torno a los materiales de construcción: el concreto y el adobe. El primero tuvo la ventaja de integrar la industria del cemento, que el gobierno argentino veía como motor de la tan anhelada industrialización. Era por tanto un signo de modernidad. Además, el concreto podía reemplazar sin problemas a la albañilería, e incluso podía construirse con ingeniería antisísmica. El adobe, en cambio, fue visto después de la catástrofe como un material poco noble e incapaz de resistir movimientos telúricos. Con el tiempo esta última idea fue cambiando, aunque más bien por causas forzosas: no hubo suficientes recursos para construir en concreto para todos los sin techo de San Juan. Por otra parte, la ciudad fue reconstruida en el mismo lugar, de acuerdo a los parámetros de la modernidad arquitectónica.

Paul J. Dosal (“Natural Disaster, Political Earthquake”), trabaja en torno a la destrucción de Managua en 1972 y el colapso de la dinastía Somoza que hasta entonces controlaba Nicaragua. Este es un caso paradigmático en la historia de los sismos latinoamericanos contemporáneos, especialmente por la figura del dictador Anastasio Somoza y su familia. Estos no sólo tenían el poder político, sino que dominaban los bancos y principales empresas del país desde hacía décadas. Después del desastre, la corrupción de la dinastía en el uso de las ayudas en víveres y dinero alcanzó extremos impensados; de hecho,

sostiene Dosal, esta fue la principal razón detrás de la creciente oposición al régimen, así como la pérdida de Estados Unidos como aliado. La hipótesis del autor es que el sismo tuvo efectos políticos desestabilizadores, fundamentalmente la formación de una coalición anti-Somoza. El mundo, que antes miraba a Nicaragua con indiferencia, volcó su atención hacia el país luego del desastre y la actuación del dictador. Por tanto, sostiene el autor, los efectos del terremoto deben ser pensados como el inicio de la oposición que culminaría con la triunfante revolución sandinista de 1978-79. Un buen aporte al respecto es la indagación efectuada sobre el rol de Estados Unidos, considerando los cambios en política exterior ocurridos entre los presidentes Nixon, Ford y Carter.

Virginia Garrard-Burnett se centra en el sismo que afectó a Guatemala en 1976. En el contexto del libro, este caso es el único que no tuvo su epicentro en una ciudad, sino en una zona rural emplazada a cincuenta y cuatro kilómetros de la capital, que fue afectada casi exclusivamente en sus servicios básicos. Más devastador que el movimiento que asoló Nicaragua cuatro años antes, la autora aprecia una situación similar a la ocurrida en la tierra de Somoza: si bien en Guatemala la corrupción no era tan grosera, el descontento de la gente a partir de la feble respuesta estatal coadyuvó al crecimiento de movimientos populares expandidos especialmente entre 1976 y 1981. Garrard-Burnett indaga en la Iglesia Católica como un aliado político de esos movimientos, particularmente en los sacerdotes que simpatizaban con la Teoría de la Liberación. La Iglesia, especialmente importante en Latinoamérica, es vista aquí como protagonista, saldando de alguna manera su ausencia en los restantes artículos (con la excepción de Charles Walker y Stuart McCook). De esta manera, campesinos y guatemaltecos pobres realizaron un masivo movimiento de tomas de terrenos apoyados por esa 'iglesia popular', pero fueron rechazados por la jerarquía institucional. Para la autora es importante también el cambio cultural vivido después de la catástrofe por miles de *mayas guatemaltecos*, que se volcaron hacia una doctrina como el pentecostalismo que hablaba de una teología apocalíptica—desastres incluidos—y la cercanía del fin de los tiempos.

Louise E. Walker, finalmente, investiga la situación en el Distrito Federal mexicano el año 1985. Su trabajo se focaliza en el movimiento

social de clase media que se desarrolló una vez ocurrida la tragedia y luego de la lenta y torpe respuesta del gobierno, que no aceptó colaboración internacional por un malentendido orgullo patrio. Esto provocó la indignación de la población hacia el Partido Revolucionario Institucional, que llevaba 71 años en el poder. Quizás este sea el elemento más novedoso del artículo: como señala Walker, los movimientos sociales son generalmente asociados a los sectores populares, más aún en los estudios sobre Latinoamérica. Los movilizadores del '85, pertenecientes al enorme y céntrico conjunto residencial Tlatelolco (que en total albergaba unas cien mil personas) exigieron al gobierno la reconstrucción de sus edificios en el mismo lugar apelando, entre otros argumentos, a un fuerte sentido de pertenencia. Agrupados con otros grupos de damnificados, los *tlatelolcas* abrieron espacios de negociación con el gobierno, en lo que la autora aprecia como—al menos—la alborada de una transición política, previa incluso al fraude electoral que definió la derrota del candidato presidencial izquierdista Cuauhtémoc Cárdenas frente al PRI en 1988. Utilizando los archivos desclasificados de la Dirección Federal de Seguridad, así como testimonios de protagonistas, el artículo muestra también cómo muchas de las personas que participaron en el movimiento social tenían experiencia previa, ya que habían estado en los movimientos estudiantiles de 1968. En consecuencia, se entrega una buena base para replantear las temporalidades y alcances de los procesos políticos en el México reciente.

En suma, en *Aftershocks* cada autor enfatiza ciertos aspectos más que otros (cuestión que el lector agradece), y simultáneamente en todos los artículos está el hilo conductor de las poderosas 'réplicas' que se producen sobre tierra. No siempre se logra definir con claridad cuánto contribuyó realmente el sismo a un terremoto político o social, pero sí queda claro (a partir de la extensa bibliografía y fuentes que cada autor ocupa) que su impacto fue importante en la mayoría de los casos. Fenómenos como las mentalidades o imaginarios, la dicotomía urbano/rural, la pléyade de dictaduras militares y sistemas de poder de baja legitimidad ciudadana, las insuficientes y lentas reacciones estatales frente a los desastres, al igual que la cotidianidad y arquitectura de la ciudad, asoman como comunes en los diferentes textos de *Aftershocks*. Junto con los márgenes de oportunidad política

que los movimientos telúricos ofrecen, este último aspecto—la ciudad como materialidad y práctica social—pareciera ser uno de los elementos claves en los artículos del libro. No sólo a partir del importante punto de qué y cómo se reconstruye, sino por el desarrollo de hábitos e imaginarios que hoy llamamos ‘urbanos’. Y cómo, desde aparatos de poder (la prensa, los poderes estatales, la escuela, etc.) se implementa un control sobre el espacio que conocemos como ‘urbanística’. El siglo XX, época preferencial de los estudios de *Aftershocks*, fue crucial para los países latinoamericanos en aquella experiencia de planificación. Quizás allí esté una de las principales vías de trabajo que este libro enuncia implícitamente, y lo hace, a diferencia de otros libros norteamericanos sobre Latinoamérica, con un abundante uso de bibliografía en español. Siguiendo esa tendencia y una posible línea de investigación hacia el mundo urbano, sólo cabría recomendar a futuro un mayor énfasis en las dinámicas de las ciudades aquí expuestas. Clásicos de la historia urbana latinoamericana como el argentino José Luis Romero, así como los trabajos recientes de su compatriota Adrián Gorelik y el venezolano Arturo Almandoz, pueden ser un aporte al respecto.